¿Por qué hablar de los varones en la reproducción?

Ma. Lucero Jiménez Guzmán

Introducción

Parece existir consenso entre las y los expertos en el tema de que los estudios de género se han centrado, hasta hace poco tiempo, en la situación de las mujeres, a tal punto que tendemos a pensar en ellos como de, sobre y para mujeres. Es lógico, en un mundo tan desfavorable para el género femenino, que las principales preocupaciones sobre el tema hayan partido de las mujeres y tal vez por ello las imágenes de hombres y masculinidad no han sido objeto de un interés semejante.

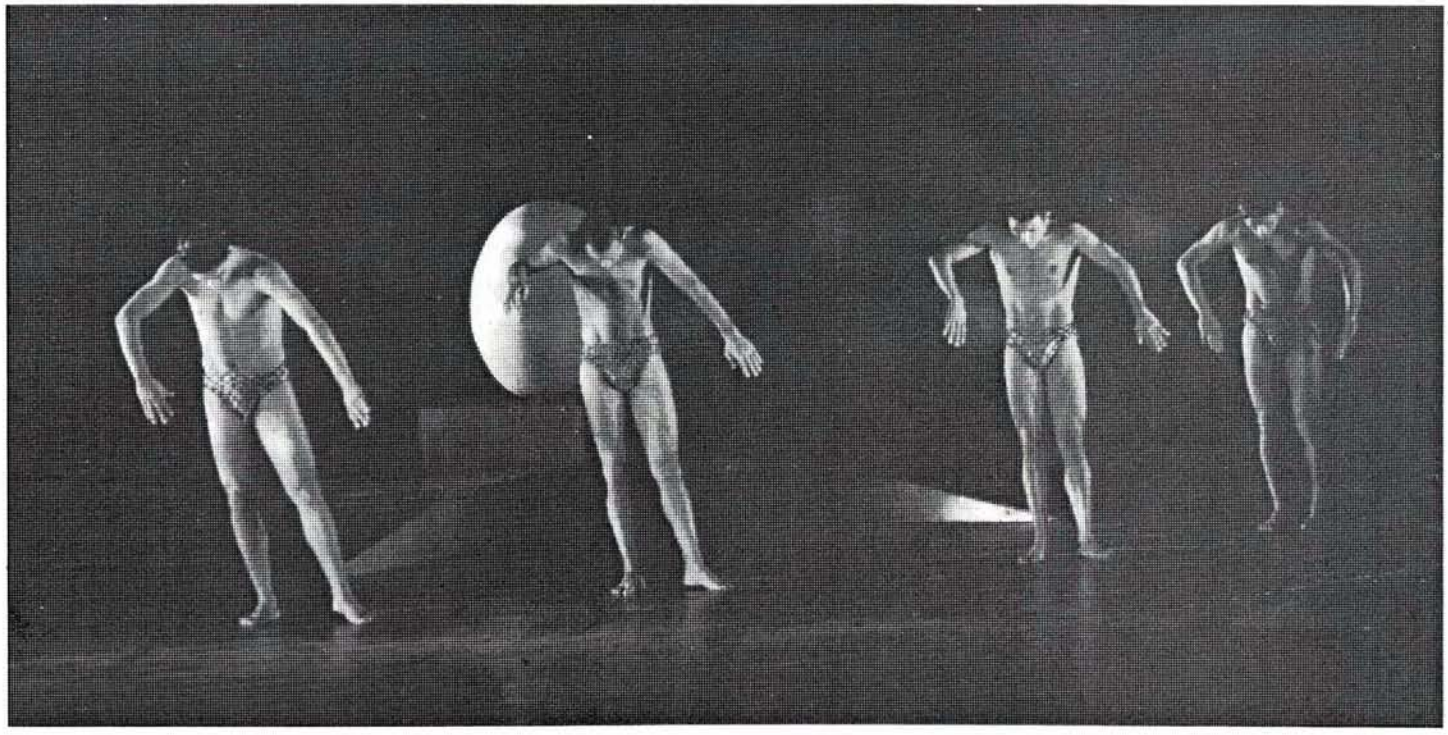
De hecho, en su acepción más simple, género se ha convertido en sinónimo de mujeres, al grado que en los últimos años cierto número de libros y artículos cuya materia es la historia de las mujeres, sustituyeron en sus títulos "mujeres" por "género".[1]

Es así que la preocupación por descubrir y denunciar los artificios culturales que fomentan la dominación de la mujer y los discursos que contribuyen a construir y a preservar la jerarquía y la injusta distribución del poder, han dejado un amplio terreno por explorar: las maneras en que se construye socialmente la masculinidad, cómo quienes nacen "machos" de la especie humana devienen en hombres[2] y, dentro de ello, cómo es y por qué su comportamiento reproductivo.

Hasta ahora los varones aparecen en casi todas las investigaciones como referencia de las mujeres, pero poco se ha puesto en evidencia el ser social y la interacción entre varones, así como la perspectiva masculina de las relaciones hombre-varón. Sin embargo, hoy se reconoce la necesidad de dar cuenta de la forma en que los varones, como tales, construyen la reproducción, la sexualidad y la capacidad de trabajo en los ámbitos privados, domésticos y públicos.[3]

En diversas disciplinas como la demografía, la medicina y la psicología, así como en la vida cotidiana, se ha mantenido la visión de que son las mujeres las que se reproducen y que los varones son "actores secundarios" del proceso. Hoy, gracias a la perspectiva de género, se confirma la pertinencia de cuestionar la construcción de los papeles para varones y mujeres, y en particular, los que se vinculan a la valoración de la reproducción y a las tareas asociadas a la misma. Se hace evidente en los estudios la presencia contradictoria de los varones en el ámbito de la reproducción. Por una parte prevalece aún, en general, un silencio complaciente acerca de esos papeles diferenciados y excluyentes de la reproducción, el ejercicio unilateral del poder en este ámbito y el distanciamiento ambivalente de los varones respecto a los procesos reproductivos; y, por otra parte, la existencia de varones que enfrentan obstáculos sociales, institucionales, de pareja y de grupos de pertenencia, al vivir la reproducción como un proceso compartido con la pareja y con los propios hijos.[4]

Aunque tanto hombres como mujeres hacen contribuciones importantes en la reproducción, los *estudios demográficos* de fecundidad y planificación familiar se han enfocado a las mujeres, viendo a los hombres desde un campo reducido de aproximaciones, lo cual refleja su problema para enfocarlos desde una perspectiva de género. Históricamente estos estudios consideraron a las mujeres, en parte por considerar que la información propor-



cionada por ellas era más confiable, y debido también a que se trataba fundamentalmente de mediciones, donde lo importante era registrar número de bebés, más que entender el contexto en el que se daban estos nacimientos. De manera paulatina, los estudios de género y las feministas han ayudado al reconocimiento cada vez más amplio de la reproducción como proceso socialmente determinado, en el cual los hombres son naturalmente parte del mismo.[5]

La falta relativa de conocimiento acerca del papel de los hombres en la fecundidad y en la planificación familiar, es una característica que rebasa los aspectos teóricos y metodológicos e incluye los ideológicos en la investigación demográfica. Las suposiciones de esta disciplina, como las de otros campos, fueron establecidas por normas sociales que regían en ese momento a las naciones occidentales y que enfatizaban el papel casi exclusivo de las mujeres en la procreación. Se promovió la planificación familiar en los países en desarrollo imitando el modelo de la familia occidental, los programas fueron establecidos con financiamiento internacional, promoviendo metas a escala global a pesar de las diferencias sociales locales. La meta era reducir la fecundidad femenina y se veía al varón como problemático porque se salía de la norma y porque podría ofrecer resistencia a la planificación familiar, competencia exclusiva de las mujeres.[6]

Aún en el caso de investigaciones muy recientes, derivadas de encuestas novedosas, se reconoce que en la mayoría de los cuestionarios demográficos las mujeres han sido la unidad principal de análisis, no sólo en la recolección de información, sino en el establecimiento de políticas e intervenciones. Hoy se preocupan por incorporar a los varones, desde una perspectiva más amplia, haciendo esfuerzos por estudiar sus comportamientos en los procesos demográficos básicos, pero de manera menos sistemática y rigurosa.

Así por ejemplo, en la *Encuesta internacional*, en la *Encuesta de fecundidad mundial* y en las *Encuestas de demografía y salud,* se establecen, en el mejor de los casos, los mismos procedimientos con los que se ha recolectado información sobre mujeres, sin tomar en consideración la posibilidad de una perspectiva particular y peculiar de los hombres, por lo que, en general, puede afirmarse que en América Latina la perspectiva de los hombres sobre formación familiar, sexualidad y reproducción no ha recibido suficiente atención.[7]

Más allá de las posibles dificultades técnicas, las cuales no parecieran sostenerse con las evidencias existentes, se confirma una falta de esfuerzos teóricos que replanteen el papel que asumen hombres y mujeres en el proceso reproductivo y que justifican de alguna manera la necesidad de obtener información de ambos, no únicamente para medir, sino para interpretar las condicionantes que se dan en ese dinamismo de los seres humanos. Quizá en el fondo, al dejar de lado el comportamiento reproductivo de los varones, lo que subyace es que muchos "científicos" siguen viendo, como casi todos los sectores sociales, al embarazo como un hecho fisiológico

que ocurre en el cuerpo de las mujeres, al tiempo que se ignora la connotación social que tiene esta exclusión de los varones desde que se inicia la gestación.[8]

Al excluir a los hombres de este tipo de estudios, sin importar el contexto cultural, la investigación ha dejado de lado el análisis de las relaciones de poder que se dan dentro y fuera de la pareja, lo cual hace muy difícil comprender las decisiones reproductivas en distintos contextos. Además, la falta de información sobre los hombres y el mínimo interés para acceder a ella, ha contribuido a la creación y mantenimiento de estereotipos sobre, por ejemplo, la promiscuidad masculina e implícitamente, la sobre-responsabilidad femenina en cuanto al embarazo, la procreación y la anticoncepción. De esta manera, las políticas y los programas se han dirigido a las mujeres, dejando de lado los diversos sistemas de relaciones de pareja y estructuras familiares, así como las relaciones de género.

Durante mucho tiempo se dio prioridad a la categoría "sexo" cuando, si hablamos de comportamiento, sería indispensable referirnos a componentes de género. Las premisas biológicas que asocian a la procreación solamente con las mujeres, sobre la base de la diferencia sexual, pesan mucho en las explicaciones demográficas de fecundidad y sus cambios. A pesar de la naturaleza conjunta de la concepción, casi nunca se han cuestionado estas premisas que otorgan la "centralidad" a la mujer en estos procesos.

Desde una perspectiva metodológica, las razones que han argumentado los investigadores para centrarse en el estudio de las mujeres, son: que proporcionan mayor exactitud en la captura de información; que el espectro reproductivo de los hombres no está tan claramente definido como el de las mujeres; que éstas son más fácilmente entrevistables en sus hogares; que si los padres no viven juntos, seguramente los niños están con sus madres; que es más fácil correlacionar y analizar la procreación si se toma en cuenta sólo a uno de los sexos; que encuentran contradicciones entre la información proporcionada por unos y otras; que los varones a veces no saben ni cuántos hijos han procreado y ni siquiera si sus parejas han tendido abortos; que cuando se trata de "recordar" información sobre sus descendientes, se les dificulta proporcionarla, más aún cuando procrean fuera de matrimonio, o bien cuando los vínculos con la madre son "tenues" o se produce el divorcio y, en general, que la información proporcionada por los varones es menos exacta.[9]

Otra de las justificaciones para no incluir a los hombres en los estudios demográficos es verlos como barreras al uso femenino de anticonceptivos. Muy rara vez ocurre que las mujeres bloqueen a los hombres que desean usar anticonceptivos, o que sean ellos los que quieran tener menos hijos. No existen estudios que analicen los papeles reproductivos de los varones desde este punto de vista.[10]

Es obvio que en las políticas y programas gubernamentales vinculados a la anticoncepción se dan elementos sexistas. Los estudiosos de los procesos reproductivos ven a las mujeres como las susceptibles de concebir, y por ello a ellas es a quienes estudian. El varón es sólo identificado como uno de los factores contextuales, como parte de las variables que entran en juego. Se da una especie de roles excluyentes en el ámbito de la reproducción a mujeres y hombres, como algo "natural", dado e incuestionable. De alguna manera, esta concepción ha servido para avalar las disparidades existentes, así como la idea sobre las responsabilidades y los derechos diferenciados entre los dos géneros.

El papel de los hombres en la salud reproductiva en general, y particularmente en decisiones de anticoncepción y su influencia en las parejas para aceptar o rechazar opciones específicas, permanece casi desconocido, en cuanto a la preferencia de las mujeres en relación con el grado de involucramiento que a ellas les gustaría que sus parejas tuvieran. No todas las mujeres desearían que sus parejas o compañeros supieran cuando están buscando servicios de planificación familiar.[11]

Actualmente se cuestiona el hecho de que la "ciencia" privilegie la medición de la fecundidad por encima de la comprensión de la reproducción. Se asume que, por ser quien se reproduce, se "debe" interrogar a la mujer y no al hombre sobre su vida reproductiva, ya que es más factible que los hombres den respuestas imprecisas sobre el número de hijos que han tenido, lo cual complica la medición.

Hay consenso en que los estudios demográficos, de fecundidad y planificación familiar se han centrado en las mujeres porque incluso desde una perspectiva teórica lo que se enfatiza es la procreación. Se considera prioritario al sexo, categoría biológica, en lugar del género, categoría de análisis de la construcción sociocultural del ser hombre y mujer.

Para justificar esta carencia, se habla de confusión en variables de tipo cultural, de cierta inhabilidad para considerar asuntos con determinaciones culturales, y muy comúnmente del problema de entrevistar a los varones sobre asuntos de su propia reproducción biológica, ya que dan información defectuosa o inadecuada. El hecho



es que hasta hace muy poco los varones eran relegados del asunto y las mujeres quedaban como únicas responsables de la procreación y de la regulación de la misma.[12]

Un tema central en el análisis es el que se refiere a la "medicalización" de la reproducción, que está ligada a elementos también sexistas y normas diferenciadas para varones y mujeres, y que parte de supuestos que han provocado, en la práctica, que los varones participen muy poco, si es que lo hacen, en la regulación de la fecundidad. Esto también se ve como un asunto de mujeres y conlleva la idea de que los hombres son externos al proceso; en todo caso sólo son facilitadores o representan obstáculos para la reproducción de las mujeres. Como dice Figueroa, parecería que quien se reproduce es la mujer y que la participación del hombre es solamente secundaria. En este sentido se alienta, al menos en cierta forma, la falta de compromiso y responsabilidad de los varones respecto a su propia reproducción y también reproduce socialmente la idea de que los hombres no tienen por qué dar cuenta de su vida sexual, lo que lleva a problemas serios, incluso de salud pública, que hoy en día se han hecho aún más evidentes con la propagación del sida.

En muchas ocasiones, cuando desde la medicina se han abordado los problemas de salud de las mujeres, el énfasis se ha centrado en los aspectos reproductivos y no se han cuestionado las relaciones de género y las condiciones culturales y sociales que las dejan en mayor exposición, tales como el ejercicio del poder y las desigualdades, así como la inequidad en el disfrute de los derechos y la forma diferencial en que asumen las responsabilidades hombres y mujeres. En contraparte, se ha dado poca importancia a la presencia del varón en la reproducción y se ha centrado más la atención en el tratamiento de la enfermedad que al cuidado de la salud.[13]

Por otra parte, socialmente y aún en la psicología, se han construido y avalado categorías excluyentes y estereotipadas de lo masculino y lo femenino, con responsabilidades y derechos diferenciados en el ámbito de la reproducción, incluyendo la crianza de los hijos. En esta división de lo masculino y lo femenino se da lugar a valoraciones sociales desiguales. Las mujeres cambian su status en la sociedad desde el momento en que se embarazan y no es así para la mayoría de los varones. La paternidad es un fenómeno que se empieza a vivir, en el mejor de los casos, a partir del parto y muy a menudo hasta que se establece el contacto del padre con el o la hija. Se sigue considerando que el hombre y la mujer tienen espacios diferenciados. El hombre debe ocuparse de proveer al hogar, mientras que la mujer es la responsable de la reproducción biológica y psicológica de hijos (as). Se ahonda más la distancia entre lo público y lo privado, dando lugar a divisiones excluyentes entre los espacios de desarrollo de los varones y de las mujeres.[14]

Algunos cambios, estudios recientes y propuestas

Se han dado cambios importantes derivados de la realidad económica, social y política de los últimos años. Las mujeres se han incorporado al mercado laboral, que se ha feminizado en algunos sectores. El papel de proveedor único de los varones ha sido seriamente cuestionado, dada la imposibilidad del varón para cumplir con su "papel masculino tradicional", a causa del desempleo, a la falta de éxito profesional, etcétera. Las tensiones son más comunes y se ha incrementado la violencia en los hogares, donde se generan rupturas y crisis. Los anteriores modelos se resquebrajan, pero aún no se generalizan los nuevos.

Estas importantes transformaciones no han sido homogéneas entre grupos ni a lo largo del ciclo de vida de las personas. Algunos autores reconocen el papel central de la sexualidad y de la reproducción, en tanto objeto de normatividades y regulaciones sociales diferentes, como uno de los principales componentes que moldea la identidad de las personas. Hoy, ya se habla de la pertinencia y necesidad de vincular el término "derecho" con el de reproducción, reconociendo la capacidad de los individuos de influir sobre sus procesos reproductivos. Existe un interés creciente en cuanto a los papeles que los hombres tienen en la reproducción. Ha aumentado el número de artículos que versan sobre los hombres y las mujeres. Sin embargo, un repaso de la literatura sobre planificación familiar en las últimas dos décadas, muestra que por cada tres artículos sobre mujeres hay uno sobre hombres. Pero ya en muchos proyectos de investigación se incluye a ambos sexos.

A pesar de las muchas y variadas barreras existentes en la sociedad, la cultura, la ciencia, el interés por conocer el comportamiento sexual y reproductivo de los varones creció de manera importante en la última década del siglo XX. Hay varios factores que parecen explicar la insistencia en su incorporación como preocupación central en las nuevas investigaciones. Un factor esencial lo es el pensamiento feminista, que ha tenido efectos determinantes en la manera en que se analiza a los hombres, sobre todo en demografía. Muchas feministas han escrito acerca del significado social de los papeles de procreación de las mujeres y de su explotación al interior del matrimonio, afectando con estas evidencias a la sociedad occidental. Se ha reconocido que el tratamiento atomizado de las mujeres relega aspectos como el poder y la negociación, centrándose únicamente en la reproducción. Se ha incidido también en la concepción que subyace en las políticas y los programas de población, aunque sea de forma incipiente. El movimiento por la salud de las mujeres ha sido también esencial para poner atención en los hombres. Fue trascendente el cambio derivado de la Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo de 1994, que trató de cambiar el enfoque de los Programas de Planificación Familiar hacia la Salud Reproductiva, lo cual necesariamente cuestiona el hecho de que la demografía, las políticas públicas y los programas sigan insistiendo únicamente en el control natal y en el crecimiento de la población. Esta Conferencia, puso énfasis en la necesidad de hacer más conscientes a los hombres acerca de sus responsabilidades familiares y comunitarias. El Programa de Acción en su párrafo 4.27 específicamente declara: "Esfuerzos especiales deberían hacerse para enfatizar la responsabilidad compartida de los hombres y promover su involucramiento activo en la paternidad responsable, en el comportamiento sexual y reproductivo, incluyendo la planificación familiar, pre-natal, maternal y la salud de los niños; la prevención de enfermedades de transmisión sexual; la prevención de embarazos no deseados y de alto riesgo; el control y contribución compartida del ingreso familiar; la educación de los niños, la salud y la nutrición; el reconocimiento y promoción de una valoración igualitaria de niños y niñas. Las responsabilidades masculinas en la vida familiar deben ser entendidas desde la educación de los niños desde muy temprana edad y en la necesidad de poner énfasis en la prevención de la violencia contra las mujeres y los niños".

Se puede afirmar que gracias a la perspectiva de género se ha incrementado la conciencia acerca de la necesidad de cuestionar los supuestos sobre los cuales se produce la organización social. Dentro de ello un papel central lo tiene desconstruir las identidades masculinas y femeninas, y en particular, el papel que juega la capacidad reproductiva en ellas, así como el análisis de las relaciones de poder y la valoración de la sociedad. Asimismo, se cuestionan ya las concepciones tradicionales tanto de la maternidad como de la paternidad y se analizan éstas con base en procesos sociales que intentan evitar la "naturalización" de las mismas.

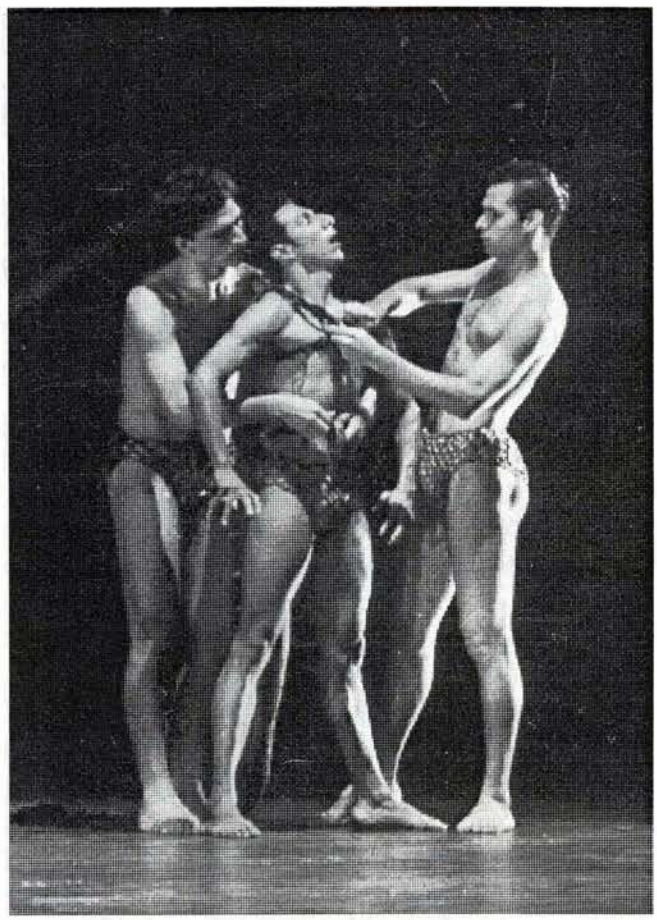
En este sentido surgen nuevos conceptos acerca del comportamiento reproductivo, el cual se entiende de manera más integral, como un proceso complejo de dimensiones biológicas, sociales, psicológicas y culturales interrelacionadas, que directa o indirectamente están ligadas a la procreación. En un sentido amplio comprende todas las conductas y hechos relacionados al cortejo, el apareamiento sexual, la unión en pareja, las expectativas e ideales en cuanto a la familia y a los hijos, la planeación del número y el espaciamiento de los hijos, el uso o no de algún método anticonceptivo, la actitud y relación con la pareja durante el embarazo, el parto y el puerperio, la participación en el cuidado y crianza de los hijos, así como el apoyo económico, educativo y emocional hacia ellos.[15]

En este contexto, se entiende que los comportamientos sexuales y reproductivos son determinados por normas culturales y sociales, las cuales confieren frecuentemente más poder a los hombres y relegan a las mujeres hasta la sumisión, pues en muchas sociedades sus demandas son ignoradas.

En la psicología colectiva, prevalecen ideas como la importancia del falo y el control del goce sexual femenino

a través incluso de la mutilación genital, así como la presión que ciertos hombres ejercen sobre las mujeres por celos infundados, al exigir la prueba de virginidad y obligar a tener, dentro o fuera del matrimonio, relaciones sexuales cuando no lo desean. Asimismo, es un hecho que son los hombres quienes generalmente tienen la responsabilidad en los actos de violencia sexual.

Las normas sociales, diferenciadas genéricamente, facilitan la expresión de la sexualidad masculina, incitan a los varones a explorar el sexo prematrimonial y a darse oportunidades sexuales comerciales. De hecho, ellos siguen disfrutando de mayor libertad sexual que las mujeres. No es sorprendente, dado que en la mayoría de las culturas es el hombre quien formula y hace cumplir las normas sociales, particularmente aquéllas que determinan el poder al interior del hogar, el uso de los recursos, la interacción con otros, la sexualidad y su comportamiento, las decisiones sobre la fecundidad, incluyendo el uso de anticonceptivos.



Existen raíces sociales del poder sexual masculino que tienen que considerarse en los esfuerzos que se emprendan para lograr un mayor involucramiento de los hombres en los asuntos reproductivos, para incorporarlos en las decisiones de salud sexual, reproductiva y de servicios. Se requiere de mayor información para entender el contexto en el que se ejerce el poder entre los sexos. Como afirma Mundigo, para comprender de mejor manera al género será necesario estudiar más profundamente a los hombres y a las mujeres.[16]

Actualmente, existen estudios que intentan profundizar sobre las motivaciones de orden social y cultural que los hombres tienen para regular o no su fecundidad [Ringheim, 1993; Omondi Odhiambo, 1997; Szasz, 1995]. También se han hecho esfuerzos para profundizar, particularmente en zonas rurales, en los factores culturales y económicos que rodean el ámbito de la reproducción explicitando la presencia masculina [Lerner y Quesnel, 1994; Lerner, Quesnel y Yanes, 1994; Castro y Miranda, 1996]. En el conjunto de estos estudios destaca la consideración de las estructuras sociales y las normas que regulan el comportamiento sexual, las uniones de pareja y la reproducción. Sin embargo, no existe consenso sobre la forma de interpretar a las mujeres en su relación con el proceso fisiológico del embarazo, así como el significado social que tiene para las personas de cada sexo.[17]

Estas investigaciones evidencian el papel protagónico, en términos del ejercicio del poder en la toma de decisiones, desempeñado por los varones, pero también un proceso creciente de marginalización de los hombres en el proceso de toma de decisiones en torno de la salud reproductiva, específicamente anticoncepción, en favor de la intervención del médico. Además, una paradoja es que el varón considera a la sexualidad como un ámbito predominantemente masculino, en el cual ejerce un estrecho control sobre la sexualidad femenina, mientras que el ámbito de la regulación de la reproducción lo consideran como un espacio femenino, por lo que ellos prefieren no usar ningún método de regulación de la fecundidad [Secretaría de Salud, 1990; Goldani, 1994; Szasz, 1995].

Las actitudes de los varones hacia la anticoncepción, pueden agruparse en dos: la relacionada con las motivaciones de orden sociocultural que existen detrás del rechazo masculino hacia la utilización de la anticoncepción y aquellas vinculadas con las características de los propios métodos anticonceptivos.

En cuanto a la primera actitud, la principal razón de la oposición masculina deriva de su deseo de tener el control sobre la sexualidad y la fidelidad femeninas, bajo la consideración de que fomentar la anticoncepción en su pareja equivale a motivar la promiscuidad. Aquí, el varón considera que el campo sexual es de su exclusivo dominio y frecuentemente rechaza el uso del condón, sobre

todo con su pareja conyugal, ya que su uso podría poner en duda la fidelidad mutua.

El concepto de *masculinidad* evoca una serie de calificativos y atributos, muchos de ellos encontrados en diversas de las culturas y que incluyen primordialmente: poder, dominio, virilidad, potencia sexual, valentía, fortaleza, responsabilidad y honor, todos ellos valores culturales a los cuales los hombres deben acceder y mantener para ser verdaderos "hombres".

Pero, las construcciones sociales que definen los papeles de los géneros, masculino y femenino, varían de una cultura a otra. A pesar de la desigualdad con la que socialmente se definen los atributos del género, hay que aceptar que las mujeres mismas contribuyen a menudo a reforzar o mantener esos atributos culturales. Los atributos masculinos con su énfasis en el poder y la virilidad, simbolizados por el falo, son usados para ejercer el dominio sobre las mujeres, su sexualidad, su reproducción y sus familias. Y estos atributos son frecuentemente invocados para justificar actos de represión y violencia contra las mujeres, incluyendo la violación, el abuso sexual, las heridas físicas, entre otros actos coercitivos.[18]

En cuanto a estudios cualitativos que abordan la vida de varones en México, además de ser escasos, se han dirigido a grupos pequeños y heterogéneos, por lo que es muy difícil generalizar los hallazgos. No obstante esto, se llega a la conclusión de que los principales reguladores de la actividad sexual para las varones mexicanos no son las intenciones personales ni la información, sino los valores culturales, la simbolización del género, los discursos sociales sobre masculinidad, las presiones sociales y las experiencias socioeconómicas opresivas de diversos tipos de dominación, étnica, desigualdad de clase, pobreza, desempleo, migración y el cuestionamiento del tradicional rol de proveedor que se ha asignado a los varones.[19]

En este sentido, el antropólogo David Gilmore[20] señaló que existe una preocupación generalizada de los hombres por su virilidad. La idea de la masculinidad, como el logro de una condición especial, es una característica muy difundida en casi en todas las sociedades, que exigen a los varones "ser" y "actuar" como hombres. De ahí que la masculinidad viene a ser una condición a conquistar con mucha dificultad, no es algo natural derivado automáticamente de su anatomía. Las mujeres también "aprenden" a ser "femeninas", pero en el caso de los varones se trata de adquirir y probar continuamente su condición masculina, la cual siempre está en duda y necesita una afirmación tanto personal como social.

Los hombres tienen que pasar por pruebas para probar su masculinidad y eso es porque se trata de una condición que no está determinada sólo por la naturaleza y de una u otra forma las sociedades cuentan con sistemas establecidos para "hacer" hombres, aunque sea a la fuerza.

Elizabeth Badinter[21] plantea que para hacer valer su identidad masculina, el varón deberá convencerse y convencer de tres cosas: que no es mujer, que no es un bebé y que no es homosexual. Para Gayle Rubin, la agresividad y el desprecio hacia lo femenino son muestras del miedo que sienten los varones, mientras que Andrea Dworkin señala que el niño tiene que elegir entre mantener la lealtad hacia su madre, quien es degradada y carece de autoridad en el mundo, o convertirse en hombre, adquiriendo entonces el poder. El niño elige ser hombre pues así tiene el poder, y emula a los hombres como el mecanismo de vencer el miedo. Es como si internalizara al verdugo. La identidad masculina, al ser una identidad por oposición, adquirida, acarrea una seria dificultad: es menos estable y precoz que la feminidad de la niña. La masculinidad, siempre está bajo sospecha, se tiene que estar probando siempre, como resultado de su propia fragilidad.[22] La masculinidad se gana al término de un combate (contra sí mismo), que implica, dicen algunos autores, mucho dolor físico y psíquico. Michael Kaufman[23] plantea, por ejemplo, que durante la adolescencia y la juventud se hace más palpable el dolor y el temor que implican la represión de la feminidad y que el dolor emocional que genera la masculinidad obsesiva se reprime mediante un refuerzo de la masculinidad misma.

Por otro lado, estudios recientes muestran que las demostraciones del desempeño sexual juegan un papel central en la afirmación de la identidad masculina. La sexualidad no aparece únicamente como expresión del erotismo, sino como una de las principales formas de representación y reafirmación de la masculinidad. En este sentido, Liendro sostiene que a través de la sexualidad se expresa y se mide el poder masculino y se marcan sus límites.

Estos estudios muestran también que existe en los varones una interpretación de actividad y pasividad relacionada con la penetración sexual, ya sea ésta simbólica o experimentada. Esto tiene grandes implicaciones en la afirmación de la masculinidad, pues ha contribuido a configurar una imagen escindida de lo femenino, de tal manera que se conciben dos tipos de mujeres excluyentes entre sí: las mujeres decentes (tiernas, comprensivas, sensibles, tranquilas, serias y que frenan los impulsos de los varones) y las mujeres erotizadas (promiscuas, no confiables,

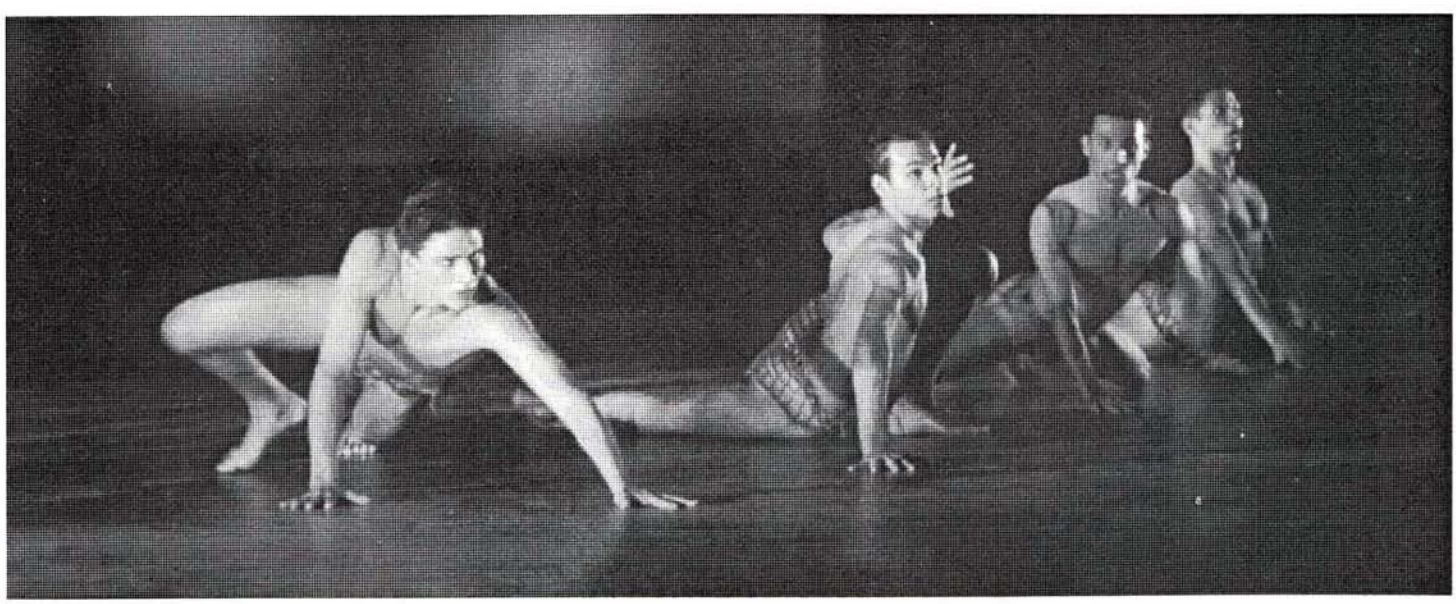
que incitan a los hombres, toman la iniciativa y expresan deseos). Con las primeras, no se establece una relación significativa en la esfera erótica, pero se funda una familia y procrean niños. En la relación con la esposa, los temores masculinos se refieren a que la mujer muestre una actitud de deseo, no con fines procreativos. Parecería que los varones tienen que restringir la sexualidad femenina a la procreación para no ver cuestionada su capacidad de dominio poseedor sobre el cuerpo femenino.

Con el segundo tipo de mujeres, los hombres tienen contactos ocasionales, no les dan valor como personas y no sirven como esposas. Con este tipo de mujeres, se vive la sexualidad fuera de la conyugalidad. Se trata de prácticas escindidas de la conciencia, el afecto y la familia, de prácticas alardeadas fuera del hogar y ocultas. Estos dos tipos de mujeres imaginarias resultan imposibles de integrar en la experiencia de los varones estudiados.[24]

En general en estos estudios se concluye que para los varones la imagen de penetración es como un símbolo de poder. Las mujeres son "penetrables" lo que las hace poco autónomas, carentes de poder. El ser penetrable, es una característica vergonzosa. Quizá por ello los varones entrevistados en diversos estudios señalan, a pesar de tener relaciones homosexuales a menudo eventuales, que se consideran heterosexuales. La penetración es una forma de dominación para los varones y es por ello que siempre procuran ser ellos quienes penetren, ya sea a otro varón o a una mujer. La sexualidad, así, no es una práctica que se hace "con alguien" sino que se le "hace a alguien".

Se concluye que la sexualidad de los varones cuando es transgresora, escindida de la conciencia y los afectos, alentada por el deseo del placer, del imperativo biológico y los mandatos de nuestra cultura respecto a la masculinidad, se hace represiva en el terreno de la afectividad y está atravesada por el miedo. Los varones, se dice en estos estudios, se ven afectados íntimamente ante otros hombres por no saber todo sobre el sexo, no tener suficientes experiencias, no mantener la erección o bien no lograr el sometimiento del otro o la otra mediante la penetración. Las prohibiciones no han eliminado las manifestaciones de la sexualidad masculina, sino que la han empobrecido y sus expresiones de la sexualidad son entonces múltiples, frecuentes, diversas, pero restringidas en los sentimientos, sensaciones, prácticas posibles, cruzadas por temores y pobres en el disfrute, en un caso porque se reprime a la pareja y en el otro porque se le niega. Entonces, sus prácticas sexuales son muchas veces silenciadas, llenas de mitos y temores, pobres y poco placenteras, permeadas de relaciones de poder y desigualdad y muy claramente riesgosas para la salud y la procreación regulada.[25]

Es importante apuntar una crítica central a la creación de estereotipos de lo "masculino", pues de la misma manera en que un lenguaje específico en cuanto al género influye en cómo se piensan o se dicen las cosas, las formas narrativas arquetípicas de occidente que dan por sentada la presencia de un protagonista masculino, influyen en la forma en que se arman las expectativas y los roles acerca de las mujeres. El estudio de los estereotipos de género ha sido reforzado por las técnicas de los historiadores y de algunas otras áreas académicas. A los hombres en general no se les pregunta ni sobre su propia vida. Por otra parte no hay que dejar de lado que estudios realizados en los últimos quince años muestran el grado en que la categorías de género varían a lo largo del tiem-



po, y con ello, los territorios sociales y culturales que les son asignados a varones y mujeres.[26]

Conclusiones

Considero que para el análisis de la reproducción y la sexualidad debe tomarse en cuenta que además de las condiciones objetivas de desigualdad entre los géneros, los hombres y las mujeres concretas contribuyen, a través de concepciones socioculturales compartidas, a dar sentido a los hechos sociales, a reforzarlos o modificarlos, otorgando coherencia y/o conflictividad al entramado de relaciones existentes. Estas concepciones que en parte son una herencia cultural, se encuentran en constante transformación, ya que hombres y mujeres continuamente reinterpretan los significados culturales y los valores que orientan sus acciones cotidianas; dichas acciones, a su vez, pueden reforzar o cuestionar su posición en las distintas jerarquías sociales. Por otro lado, considero que por la estrecha vinculación entre los aspectos objetivos y subjetivos de lo real, es que resulta imprescindible incluir la dimensión de los valores y los significados en los análisis de estos temas.[27] También es necesario documentar los procesos de cambio, particularizar, contextualizar y no suponer que los procesos que vivimos son inmodificables y que podemos generalizar acerca de una sola forma de vivir la masculinidad en una sociedad tan heterogénea y cambiante como la mexicana.

Por otra parte, la discusión actual propone la necesidad de superar una lectura lineal de la influencia de los varones en la fecundidad de las mujeres, para convertirlos en actores más dinámicos, quienes han visto cuestionados sus papeles tradicionales de masculinidad, más allá de la reproducción y de la paternidad.

En investigaciones recientes ya se da énfasis a las relaciones de poder al interior de la pareja, en especial en cuanto a sexualidad y reproducción. Se habla de identidades como sistema unitario de representaciones de sí, elaboradas a lo largo de la vida de las personas, a través de las cuales se reconocen a sí mismas y son reconocidas por los demás como individuos particulares y miembros de categorías sociales distintivas.[28] Algo que me parece central es que se trata de ubicar a los estudios en las condiciones particulares del país y el sector social al que se refieren, buscando no caer en generalizaciones al ubicar cuáles son los atributos de la masculinidad y cómo estos se van conformando a lo largo de la vida a través de diversos procesos sociales y culturales y la influencia de las instituciones. Se trata así mismo de ubicar la importancia de la sexualidad, ya que se traduce en identidades y prácticas.[29] Este tipo de estudios da cuenta de las enormes desigualdades intergenéricas y de la existencia en la realidad cotidiana actual de una doble moral que cataloga a hombres y mujeres de distinta manera únicamente por su condición de género.

Quisiera concluir afirmando que la perspectiva de género constituye una herramienta central teórica y metodológica para lograr un abordaje relacional y más comprensivo que nos permita revalorar la reproducción tanto de los varones como de las mujeres y cuestionar el valor que ambos dan a su propia reproducción. En fin, se trataría de lograr una visión integral, interpretando también a los varones como personas que se reproducen y que no solamente posibilitan u obstaculizan la reproducción.

La negociación de la sexualidad y el proceso de toma de decisiones en cuanto a estos eventos y sus consecuencias reproductivas deberían ser parte central del análisis. La construcción de los sujetos sociales, varón y mujer, es también central para comprender estos procesos. Podemos suponer que estos elementos tienen una influencia considerable y que es a partir de ellos que se generan otros procesos como los embarazos no deseados, muchas veces derivados de relaciones sexuales no deseadas, así como la propagación de enfermedades de transmisión sexual, muchas veces haciendo víctimas de ellas a mujeres que no tienen un comportamiento sexual riesgoso, pero que están expuestas al contagio de varones sexualmente más activos, que tienen parejas múltiples. Estos aspectos llevan necesariamente al análisis de la coerción y la violencia al interior de las relaciones sexuales, que pueden dar lugar a la procreación.

Para una mayor comprensión de estos fenómenos, parece obvio sugerir que se deje de ignorar la opinión de los hombres sobre sus propios papeles reproductivos y tratar de averiguar cómo los perciben en su relación con los asuntos de las mujeres. El papel de los hombres en la sexualidad y la procreación debería enmarcarse en un contexto más amplio, incluyendo el análisis de las obligaciones y derechos que socialmente les son asignados y, en contextos específicos, los obstáculos que enfrentan para llevarlos a la práctica.

Dados los enormes cambios que se están experimentando en muchas sociedades en cuanto a las relaciones de pareja, el matrimonio y su duración, el número de matrimonios que se viven durante un ciclo de vida, las separaciones, los divorcios, el fenómeno migratorio, sería importante considerar como centrales estos elemen-

tos y no tratar de analizar los fenómenos de la sexualidad y la reproducción como si viviéramos en sociedades estáticas, homogéneas, sino más bien reconocer que la inestabilidad, el cambio, la pluralidad y la heterogeneidad son inherentes a nuestra época y la investigación tiene que partir de estos hechos.

Se tiene que considerar la perspectiva del varón como individuo, tratando de comprender mejor sus motivaciones y experiencias individuales, atendiendo también los factores externos a su relación de pareja, los cuales definen muchas veces su comportamiento, sin dejar de lado la interacción que vive cada uno de los miembros de la pareja como tal.[30]

Si adoptamos una visión humanista de los procesos reproductivos podríamos considerar no sólo los resultados de la fecundidad, sino las dinámicas sexuales y de comportamiento más global, que son los que explican el comportamiento reproductivo. Añadir un lente feminista contribuiría a estimular agendas de investigación de género más equilibradas. Sin duda, hombres, mujeres y pareja, son las unidades de investigación esenciales.

Dar mayor atención a la percepción y comportamiento masculino seguramente ayudaría a subsanar deficiencias actuales en la investigación. Generar un cuerpo teórico y de análisis más amplio sería en sí mismo de gran utilidad y seguramente contribuiría a la puesta en marcha de políticas más fructíferas y adecuadas a cada realidad.

Discriminar a los varones en la investigación sexual y reproductiva sólo puede seguir teniendo repercusiones negativas para las mujeres. Aprender cómo las normas culturales moldean los papeles de los géneros y cómo esto afecta a la reproducción, la sexualidad y la formación de las familias, es tarea esencial para oponerse seriamente a las barreras existentes y para lograr contribuir a construir una mayor equidad entre los géneros. ♦

Notas

[1] Scott, Joan W. "El género: una categoría útil para el análisis histórico", en: Lamas, Marta. *El género la construcción cultural de la diferencia sexual.* UNAM-Porrúa, México, 1996, p. 270.

[2] Vela, en: Callirgos, Juan Carlos. *Sobre héroes y batallas. Los caminos de la identidad masculina.* Escuela para el Desarrollo, DEMOS, Lima, Perú, 1996, p. 10.

[3] De Barbieri, Teresita. "Certezas y malos entendidos sobre la categoría de género", mimeo, p. 10.

[4] Figueroa Perea, Juan Guillermo y Olga Lorena Rojas. "Algunas características del entorno reproductivo de los varones". *Seminario sobre varones, formación familiar y reproducción.* UIESP y CENEP, Buenos Aires, Argentina, del 13 al 15 de mayo de 1998, p. 1.

[5] Greene, Margaret E.; Ann E. Biddlecom. "Absent and problematic men: demographic accounts of male reproductive roles". *Seminar on men, family and reproduction.* IUSSP, CENEP, Buenos Aires, Argentina, 1988, 13-15 may, p. 2.

[6] *Op. cit.*, p. 4.

[7] Loaiza, Edilberto. "Male fertility, contraceptive use, and reproductive preferences in Latin America. The DHS experience" *Seminar on men, fertility, family formation and reproduction.* Buenos Aires, Argentina, 13-15 may, 1998, p. 2.

[8] Figueroa Perea, Juan Guillermo y Olga Lorena Rojas, *op. cit.*, p. 18.

[9] Greene, Margaret E.; Ann E. Biddlecom, *op. cit.*, pp. 5-6.

[10] *Op. cit.*, p. 12.

[11] Petchesky, R. "Power and pleasure go together. Brazen proposals for a new milenium", en: *Reproductive Health Matters*, 10, november, 1997, pp. 27-28.

[12] Mundigo, Axel I. "Re-conceptualising the rol of men in the post-Cairo era", en: *Seminar on men, family and reproduction.* Buenos Aires, Argentina, IUSSP, CENEP, 13-15 may, 1998, p. 19.

[13] Figueroa Perea, Juan Guillermo y Olga Lorena Rojas, *op. cit.*, p. 4.

[14] Figueroa Perea, Juan Guillermo y Olga Lorena Rojas, *op. cit.*, pp. 5-6.

[15] Figueroa Perea, Juan Guillermo y Eduardo Liendro. "La presencia del varón en la salud reproductiva", en: Hardy, *et al.* (editores). *Ciencias sociales y medicina: perspectivas latinoamericanas*, Universidad de Campinas, Brasil, 1995, pp. 193-226.

[16] Mundigo, Axel I., *op. cit.*, p. 11.

[17] Figueroa Perea, Juan Guillermo y Olga Lorena Rojas, *op. cit.*, p. 11.

[18] Mundigo, Axel I., *op. cit.*, p. 20.

[19] Szasz, Ivonne. "Los hombres y la sexualidad: aportes de la perspectiva feminista y primeros acercamientos a su estudio en México". Inédito, México, 1997, p. 24.

[20] Gilmore, David. *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad.* Ediciones Paidós, Barcelona, España, 1994.

[21] Badinter, Elizabeth. *XY. La identidad masculina*, Alianza Editorial, Madrid, España, 1993.

[22] Callirgos, Juan Carlos. *Sobre héroes y batallas. Los caminos de la identidad masculina.* Escuela para el Desarrollo, DEMUS, Lima, Perú, 1996, pp. 43-44.

[23] Kaufman, Michael. *Hombres, placer, poder y cambio.* CIPAF, Santo Domino, 1989.

[24] Szasz, Ivonne, *op. cit.*, pp. 30-31.

[25] Szasz, Ivonne, *op. cit.*, pp. 21.

[26] Canway, Jill K; Susan C., Bourque y Joan W. Scott. "El concepto de género", en: Lamas, Marta (comp.). *El género: la construcción social de la diferencia sexual*, UNAM-Porrúa, México, 1996, pp. 24-25.

[27] Ariza, Marina y Orlandina de Oliveira. *La condición femenina: una propuesta de indicadores. Propuesta de un marco analítico general de inequidades de género y clase.* Libro en preparación, p. 48.

[28] Lagarde, Marcela. *Identidad de género.* Cuadernos de Trabajo Cenzontle, Nicaragua, 1992.

[29] Valdés, Teresa y José Olavarría. "Ser hombre en Santiago: A pesar de todo, un mismo modelo". Conferencia Regional "La equidad de género en América Latina y el Caribe. Desafíos desde las identidades masculinas". Santiago de Chile, del 8 al 10 junio de 1998.

[30] Greene, Margaret E., Ann E. Biddlecom, *op. cit.*, p. 18.